Atlaquetzalli

"La que prepara el agua preciosa"

Marco Antonio Hernández Hernández
Karen Lisset Hernández Hernández

ILUSTRACIONES
José Ángel Osorio Cuellar

GOBIERNO DE MÉXICO

INPI
INSTITUTO NACIONAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México

Lic. Adelfo Regino Montes
Director General del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz
Coordinadora General de Patrimonio Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona
Directora de Comunicación Social

Atlaquetzalli

"La que prepara el agua preciosa"

CUENTO
Marco Antonio Hernández Hernández

COLABORACIÓN
Karen Lisset Hernández Hernández

AGRADECIMIENTOS
Por el apoyo para la traducción e interpretación del documento
Arturo Hernández Pérez
Michelle Juliette Hernández Pérez
Josefina Pérez Garcia

ILUSTRACIONES
José Ángel Osorio Cuellar

CORRECCIÓN DE ESTILO
Marlene Palma Vieyra

DISEÑO EDITORIAL
María Fernanda Trujeque Sánchez

COORDINACIÓN
Norberto Zamora Pérez

México, 2021

Atlaquetzalli

“La que prepara el agua preciosa”

Cuentan los abuelos que esta historia
fue encontrada dentro de una olla de barro
con siete granos de cacao, por maestros albañiles,
mientras abrían las canaletas para la barda perimetral
de la refinería de Tula, en la comunidad de
Doxey de Tlaxcoapan, Hidalgo.

... Muy rápido se corrió la voz entre los muros de la gran Tollan de la visita de Mayahuel a las tierras de Topilzin Quetzalcóatl, quien envió a sus tlamemes a informar a todos los calpulli de la gran Teotlalpan, sobre la importante visita, y pidió informar a su pueblo, para que preparen alimentos que lograran conquistar el paladar de Mayahuel...

Un aire extraño corría en nuestro patio mientras hilaba un poco de ixtle bajo la sombra de un mezquite, mi madre bordaba y mi abuela atizaba el fogón, mi tata vendía en los tianguis pequeñas ollas de barro, vivíamos muy lejos de la gran Tollan, nuestro calpulli se conocía como Apepechoca.

Ese día, mi tata llegó más temprano de lo acostumbrado, al verlo desde la cima del tepetl corrí ayudarlo, traía una gran sonrisa en su rostro y su ayate estaba repleto de calabazas, chiles, frijol, maíz, quelites, un poco de algodón, cal de piedra y una olla con dorada miel, le ayudé a cargar un negro guajolote.

Con paso firme llegamos a casa y nos sentamos alrededor del fogón; mientras la abuela compartía los alimentos, mi tata sacó de su morralito con mano temblorosa, un trozo de tela: al abrirlo frente a nosotros, no podíamos creer lo que estábamos viendo, ¡veinte granos de cacao! mamá no dudó en preguntar cómo consiguió todo ese cacao.

Mi tata sonrió. Mientras le daba una gran mordida a su gruesa tortilla y bebía un poco de octli, ya que por su edad tenía ese derecho, nos platicó que los cocineros del gran soberano Quetzalcóatl llegaron al tianguis a comprar todo lo necesario para preparar los alimentos para recibir a Mayahuel, — así fue, como me compraron todas mis ollas y me pagaron con estos veinte granos de cacao. —

Mi abuela me miró profundamente y tomó la palabra, —¡qué honor sería poder compartir nuestros alimentos ante tan noble señora y alegrar el corazón del joven Topiltzin.! —

Al terminar de comer, me puse a desgranar maíz, mientras mi tata nos compartía un poco de miel en hojitas de totomoxtle. La tarde llegó y el padre Sol anunciaba detener las labores del día.

Al amanecer, el itzcuintli no dejaba de ladrar, en eso escuché la voz de la abuela quien era la primera en levantarse; por una rendijita de la casa miré a dos tlakatl hablando con mi abuela, me levanté a realizar mis labores, ya mi tata acarreaba en su ayate los trozos de tierra para triturarla y preparar el barro para sus ollas, mamá teñía el algodón con nocheztli del nopal, yo ponía el nixcómil para las tortillas, mis hermanitos alimentaban a los guajolotes. Mientras mi abuela apaleaba el frijol, nos platicó que los dos mensajeros trajeron una invitación del mismísimo soberano, para llevar algún alimento o bebida a los cocineros reales.

Mi tata había decidido cambiar el cacao por una deidad de Tláloc, porque la que heredó de sus padres estaba muy dañada y la petición de lluvia ya se aproxima, mamá y yo asentimos con la cabeza, pero la abuela no compartió esa idea.

Desde pequeña, mi abuela siempre me llevaba a los tianguis y al campo a escoger y recoger plantas y frutos de la madre tierra, me enseñó a reconocer los hongos que se comen de los que no, y en el fogón me enseñaba cómo combinar las flores y hierbas para generar nuevos sabores y aromas.

A mis dieciséis Xihuitl había cocinado de todo lo que llegaba a casa, desde pequeñas hormigas, hasta duros cacomiztles, pájaros e insectos inimaginables, vainas perfumadas y todo tipo de guisados con maguey, nopales y cardones. Pero nunca había preparado nada con los granos de cacao, el cual es más preciado que el oro que cuelga del pecho de nuestro señor Quetzalcóatl.

Me contó mi abuela que, en su juventud, sirvió en el palacio de Tollan, ahí aprendió muchas cosas y que en sus patios se siembran y cosechan las mazorcas de cacao, las cuales son usadas para comprar papel, tintas, pieles, plumas y piedras preciosas para el Calmécac de los sabios Tlamachtiani, además de que había enormes construcciones y bellas esculturas talladas en piedra maciza, y que ellos fueron quienes le enseñaron a atesorar las enseñanzas Toltecas, y cuando decidió formar hogar salió de ahí y se casó con el abuelo.

Los días pasaron. De vez en vez le pedía a mi tata con todo respeto el poder mirar los hermosos granos de cacao, era algo mágico, parecía que me hablaban, mi tata observaba con qué cariño trataba a estos granos, en eso exclamó — ¡está decidido! te daré trece granos de cacao para que prepares algún alimento y se lo lleves al Topilzin, allá en la gran Tollan. Mi corazón se sobresaltó, miré a mamá y a mi abuela, ¡trece granos!, eso era mucho, con ellos se podría hacer trueque por muchas cosas, además no tenía idea de cómo prepararlo, mi abuela se acercó y tomó mi mano, me dijo; —escucha a tu corazón, él sabrá guiarte, honra a tu padre, él te ha ofrendado estos granos de cacao, cumple y sé agradecida—.

Sin dudarlo agradecí a mi tata y le di un abrazo, mi madre y abuela me ayudaron a traer leña y limpiar el comal, el molcajete y el metate; no había tiempo que perder, en tres soles sería la llegada de Mayahuel.

Mi abuela prendió un trocito de ocote, agregó copal y me pidió que ofrendara los granos de cacao, así lo hice; después aticé el fuego y dejé que la leña se volviera brasa, asenté sobre las tres piedras del fogón el comal de barro blanqueado con cal, coloqué los granos de cacao, los tosté de un lado y el otro, no había aroma alguno; después los dejé enfriar y los machaqué en el molcajete, los limpié y coloqué en el metate, molí hasta alcanzar un fino polvo color ámbar, el cual caía en una jicarita, después lo dejé remojar esa noche para que se empapara.

A la mañana siguiente muy temprano herví agua en una preciosa olla que mi padre realizo para uso de la casa y le agregué la pastita del cacao que se había formado, después lo batí muy bien con un chicoli que usábamos para el atole de masa, pero algo andaba mal, desprendía un olor muy suave, nada especial, y su sabor era amargo ¡cómo llevarle esto al gran maestro! lo cubrí con una tela blanca y la tristeza me embargó, las semillas que mi padre me ofrendó no tenían tonalli.

Nunca había llorado tanto, mi abuela se acercó y me dio un poco de miel.

Por la noche, mi tata muy emocionado me entregó unos huaraches y mi madre me dio un precioso quéchquemitl de ixtle que había hecho en su telar de cintura, para usarlo en la gran Tollan, así que me pidió que alistara todo porque muy de mañana partiríamos a las tierras de Topiltzin.

¡Cómo decirle que no había honrado su ofrenda!, destapé la olla y miré un poco de espuma blanquecina, pero nada más, a mi lado tenía la miel que mi abuela me dio y sin dudarlo se la agregué para mejorar su sabor y una vez más con el chicoli lo batí con todas mis fuerzas, y lo cubrí; mi abuela me trenzó mi largo cabello y me dijo que confiara en mi corazón y descansara, —el camino será largo—.

La madre luna nos iluminaba cuando partimos rumbo a la tierra de Xicotitlan, el canto del cenzontle y el vuelo de las mariposas nos acompañaron en nuestro camino.

Mientras avanzábamos, en el horizonte, se dejaba ver el majestuoso Xicoco y al llegar a Tollan, se escuchaba el huéhuetl, el teponaztli, las flautas y caracoles, el olor a copal era intenso, en la entrada se encontraban dos guerreros águila y jaguar quienes nos recibieron y nos llevaron por varios pasillos, donde observaba a mis costados la silueta de jaguares, coyotes, y águilas que parecían caminar con nosotros, por la luz que cruzaba desde lo alto, al salir de ahí pasamos por un gran patio donde observé caracoles semicortados sobre un teocalli, mi tata me dijo que esa era la casa del Topiltzin Quetzalcóatl, el frente de su techumbre era sostenida por dos bellas serpientes labradas y detrás de ellas alcancé a mirar cuatro Uemac, maravillosamente pintados, al fondo observé un Tlachco, lo reconocí porque en nuestro calpulli teníamos uno, era lo que mi abuela me había platicado. En eso, me separaron de mi tata

y me llevaron por debajo del Teocalli, allí se encontraban hombres y mujeres ataviados con los más bellos atuendos y en sus manos llevaban los alimentos que ofrendarían a Mayahuel.

Tras de mí, se cerraron las cortinas. Un frio recorrió mi delgado cuerpo, yo era la última cocinera que recibieron, nos llevaron a un patio donde se encontraban los cocineros reales y todo tipo de alimentos y animales que jamás había visto en mi vida, me indicaron que podría hacer uso de lo que requiriera , así que puse a hervir por última vez mi bebida, y lo volví a batir y lo traspasé de mi olla a otra olla varias veces para airarlo. El tiempo trascurría, observaba el ir y venir de los pipiltin encargados de tan gran misión, en algunos momentos discutían, escuché que nada había complacido el paladar de Mayahuel.

Ya solo quedábamos nueve. En eso, un guerrero águila se paró frente a nosotros y dijo— hasta aquí, mi soberana no apetece nada más. Me quedé sentada en esa esplendorosa sala decorada con hermosas pinturas, coloqué mi ollita a lado mío, las otras cocineras se retiraron, al fondo se escuchaba el murmullo y la voz de Mayahuel que se despedía a sus aposentos; en eso, de mi bebida de cacao empezó a brotar un aroma delicioso, una fresca brisa pasó llevándose el aroma a la sala principal del palacio donde yacían los soberanos, escuché la voz de ella, que preguntaba de dónde provenía ese encantador olor, los ayudantes de Topiltzin le mencionaron que era de una joven cocinera.

Escuché la voz del maestro Quetzalcóatl el cual le pidió con toda cortesía a Mayahuel que conociera de qué provenía ese olor, y con voz dulce pero firme me invitó a pasar y a ofrendar mi bebida, una cortina de bellas plumas me separaba del salón principal; el guerrero águila la abrió y pasé con mi olla, caminé entre nobles mujeres, sabios, grandes comerciantes y artistas que se encontraban allí reunidos, mi corazón se agitó como vuelo de colibrí; con la frente agachada, coloqué mi olla sobre la deidad de piedra de un mensajero divino que estaba en una posición de reposo con su cabeza torcida y en su pecho con sus manos sosteniendo los rumbos cósmicos, retiré el trapo de algodón, mi olla aún caliente se llenó de una blanca espuma, al tiempo que desprendía un aroma maravilloso que inundó aquel espacio.

Caminé lentamente a los pies de mis soberanos, todos quienes estábamos allí logramos una comunión con nuestro tonalli, rápidamente me acercaron dos jícaras rituales, le serví primero a Topiltzin Quetzalcóatl y lo bebió, buscó mi mirada y tímidamente lo miré, preguntó mi nombre, —Mahetsi— respondí, su mirada era profunda como la noche estrellada, después, él le sirvió a Mayahuel, quien sin dudarlo exclamó que era el aroma de los dioses y lo bebió, preguntó a Topiltzin cuál era el nombre de esta exquisita bebida.

Quetzalcóatl tomó la mano de Mayahuel y le susurró al oído: "Xocolatl", Mayahuel repitió sonriendo, "Xocolatl", mientras se miraban fijamente a los ojos, no había duda, el aroma y sabor del Xocolatl no solo había conquistado el paladar de Mayahuel, sino también su corazón.

Salí de la gran Tollan, aún no creía lo sucedido, mi tata estaba orgulloso de mí; llegué a casa, abracé y agradecí a mamá y a mi abuela por darme sus conocimientos.

Los días trascurrieron, retomamos nuestras tareas cotidianas.

Y una mañana, llegaron mensajeros de Tollan a informarle a mi familia que, por decisión del Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, tenía que presentarme inmediatamente ante los Tlamachtiani del palacio, para iniciar con mis estudios en el Calmecac y aprender de los libros sagrados y de las enseñanzas Toltecas.

Partí de mi calpulli para convertirme en una Atlaquetzalli, “la que prepara el agua preciosa”.

Glosario

Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl:
Uno Caña, noble señor,
serpiente de preciosas plumas

Mayahuel:
Creadora del maguey

Uemac:
Gigante

Nocheztli:
Cochinilla del nopal

Tláloc:
Señor del trueno y el agua o vino

Tollan:
Lugar de tules, metrópoli

Tlamemes:
Cargador, el que transporta cosas

Calpulli:
Barrio

Itzcuintli:
Perro

Teotlalpan:
Tierra de Dioses

Mahetsi:
Cielo

Ixtle:
Fibra del Maguey

Tlachco:
Pelota

Apepechoca:
“Donde se junta el agua
y se desborda”

Tepetl:
Cerro, montaña

Xicoco:
Jicote

Octli:
Vino o pulque

Nixcómil:
Maíz hervido en cal

Totomoxtle:
Hoja de maíz seca.

Tlachco:
Pelota

Tlakatl:
Hombre o señor

Mahetsi:
Cielo

Xihuitl:
Hierva, año

Tonalli:
Energía, alma

Teocalli:
Casa sagrada o casa de la energía

Calmécac:
Hilera de casas, universidad

Tlachco:
Pelota

Xicotitlan:
Lugar de Jicotes

Tlamachtiani:
Sabio, maestro, el que porta el conocimiento

Huéhuetl:
Anciano o instrumento musical de parche

Chicoli:
Molinillo de madera

Mahetsi:
Cielo

Pipiltin:
Nobleza

Xocolatl:
Agua amarga

Quéchquemitl:
“el que cubre el pecho”, prenda de vestir femenina

Teponaztli:
Instrumento musical horizontal con dos lengüetas

GOBIERNO DE MÉXICO

INPI
INSTITUTO NACIONAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México

México, 2021